

Dramatis personae

LOS DESCUBRIDORES

Linda Crichton Gillespie ■ Debutante de Washington
Jeanette Crichton ■ Su hermana
Dr. Richard Owen ■ Astrónomo
Dra. Mary Alice Mouton ■ Astrónoma
Comandante general Edmund Gillespie ■ Astronauta de la USAF

WASHINGTON

David Coffey ■ Presidente de los Estados Unidos
Señora Jeanne Coffey ■ Primera dama
El honorable Wesley T. Dawson ■ Congresista por California
Señora Carlotta Trujillo Dawson ■ Su mujer
Roger Brooks ■ Reportero de sucesos especiales, *Washington Post*
James Frantz ■ Jefe de personal de la Casa Blanca
Henry Morton ■ Vicepresidente
Dr. Arthur Hart ■ Secretario de Estado
Hap Aylesworth ■ Asistente especial del presidente para Asuntos Políticos
Ted Griffin ■ Secretario de Defensa
Almirante Thorwald Carrell ■ Consejero de Seguridad Nacional
Peter McCleve ■ Fiscal general
Alan Rosenthal ■ Secretario del Tesoro
Connie Fuller ■ Secretaria de Comercio
Arnold Biggs ■ Secretario de Agricultura
Jack Clybourne ■ Unidad de protección presidencial, Servicio Secreto

LOS SOVIÉTICOS

Académico Pavel Alexandrovich Bondarev ■ Director del Instituto Lenin
Lorena Polinova ■ Su secretaria y amante
Marina Nikolayevna Bondarev ■ Su mujer
Boris Ogarkov ■ Secretario del Partido en el Instituto
Andrei Pyatigorskiy ■ Asistente del director, Instituto Lenin
General Nikolai Nikolayevich Narovchotov ■ Tercer secretario del Partido;
más adelante, primer secretario del Partido

Canciller Anatoliy Vladimirovich Petrovskiy ■ Canciller del Soviet Supremo
Ilya Trusov ■ Canciller del KGB
Dmitri Parfenovich Grushin ■ Oficial del KGB
Mariscal Leonid Edmundovich Shavyrin ■ Mariscal de las Fuerzas Espaciales
Estratégicas de Larga Distancia

SUPERVIVIENTES Y OTROS

Harry Reddington ■ Juglar en paro
Jeri Wilson ■ Editora senior, *Harris Wickes Press*
Melisa Wilson ■ Su hija
William Adolphos Shaker
Kevin Shaker
Miranda Shaker
Isadore y Clara Leiber
George y Vicki Tate-Evans
Jack y Clara McCauley
Martin Carnell ■ Criador de perros de exhibición
Ken Dutton ■ Encargado de una librería
Cora Donaldson ■ Amiga de Ken Dutton
Sarge Harris ■ Amigo de Ken Dutton
Patsy Clevenger ■ Amiga de Ken Dutton
Anthony Graves ■ Amigo de Ken Dutton
Maximilian Rohrs ■ Contratista general, Bellingham
Evelyn Rohrs ■ Antigua socialista de Washington
Ben Lafferty ■ *Sheriff* del condado de Whatcom, Washington
Leigh Young ■ Ayudante del *Sheriff*
Whitey Lowentall ■ Soldador
Carol North ■ Ciudadana de Lawrence, Kansas

KOSMOGRADO

Coronel Arvid Pavlovich Rogachev ■ Comandante del *Kosmogrado*
Nikolai ■ Antiguo sargento, Fuerza Aérea Roja
Aliana Aleksandrovna Tutsikova ■ Segunda del comandante
Dra. Giselle Beaumont ■ Científica francesa
El honorable Giorge N'Bruhna ■ Político nigeriano
Capitán John Greeley, USAF ■ Astronauta

LOS FITHP

Señor del rebaño Pastempeh-keph
Consejero Fathisteh-tulk
K'turfookeph ■ Compañera del señor del rebaño
Chowpeentulk ■ Compañera del consejero
Fookertheh ■ Hijo del señor del rebaño

- Señor del ataque Koothfektil-rusp**
Señor de la defensa Tantared-fid
Rompedor-dos Takpusseh (más tarde, **Takpusseh-yamp**)
Rompedor-uno Rasztupisp-minz
Fistareth-thuktun ■ Sacerdote e historiador
Koolpooleh ■ Asistente masculino de Fistareh-thuktun
Paykurtank ■ Asistente femenina de Fistareh-thuktun
Líder óctuplo Pretheeteh-damb
Tashayamp ■ Asistente femenina de Takpusseh (más tarde, su compañera)
Líder óctuplo Chintithpitmang ■ Durmiente
Shreshleemang ■ Compañera de Chintithpit-mang
Líder octaedro Harpanet
Líder octaedro Siplisteph
Rashinggith ■ Guerrero (*fitph* del año cero)
Birithart-yamp ■ Guerrero en África
Pheegorun ■ Guerrero en África, muerto por una lanza
Thiparteth-fuft ■ Oficial de la guardia

COLORADO SPRINGS

- Sargento Ben Mailey** ■ Ejército de los Estados Unidos
Sherry Atkinson ■ Miembro del equipo de amenazas
Robert y Virginia Anson ■ Miembro del equipo de amenazas
Nat Reynolds ■ Miembro del equipo de amenazas
Joe Ranson ■ Miembro del equipo de amenazas
Wade y Jane Curtis ■ Miembros del equipo de amenazas
Bob Burnham ■ Miembro del equipo de amenazas
Teniente general Harvey Toland ■ Ejército de los Estados Unidos
El honorable Joe Dayton ■ Portavoz de la Casa
Senador Alexander Harwell ■ Presidente *Pro Tem* del Senado
Senador Raymond Karr ■ Senador por Kansas

JAYHAWKS

- Juana Trujillo Morgan** ■ Mujer del comandante Morgan
Teniente coronel Joe Halverson ■ Guardia Nacional de Kansas
Comandante David Morgan ■ Guardia Nacional de Kansas
Capitán Evan Lewis ■ Guardia Nacional de Kansas
Cabo Jimmy Lewis ■ Guardia Nacional de Kansas
Capitán George Mason ■ Guardia Nacional de Kansas

GUERREROS Y PRISIONEROS

- John Woodward** ■ Prisionero
Carrie Woodward ■ Prisionera

- Alice McLennon** ■ Prisionera
- Gary Capeheart** ■ Prisionero
- Alférez Jeff Franklin** ■ Tripulación de *Miguel*
- Hamilton Gamble** ■ Tripulación de *Miguel*
- Dr. Arthur Grace «Tiny» Pelz** ■ Tripulación de *Miguel*
- Jason Daniels** ■ Tripulación de *Miguel*
- Samuel Cohen** ■ Tripulación de *Miguel*
- Roy Culzer** ■ Piloto de transbordador
- Jay Hadley** ■ Piloto de transbordador
- Comandante Anton Villarr** ■ Capitán, *USNS Ethan Allen*
- Coronel Julius Carter** ■ Fuerzas especiales de los Estados Unidos
- Teniente Jack Carruthers** ■ Fuerzas especiales de los Estados Unidos
- Teniente Ivan Semeyusov** ■ Fuerza expedicionaria soviética
- Brant Chisholm** ■ Granjero surafricano
- Katie Chisholm** ■ Su mujer
- Mvubi** ■ Guerrero zulú
- Niklaus Van Der Stel** ■ Comando afrikáner

Prólogo

«¿Dónde están?».

—Enrico Fermi

LA QUINTA PARTE DEL AÑO TRES

Tras su amplio despliegue de anillos concéntricos, el planeta era una furiosa tormenta. Siempre había sido así. Las formas se repetían a lo largo de su rostro marrón sobre marrón, en bandas y espirales. El espacio a su alrededor era un hervidero de actividad: miles de millones de partículas heladas en un amplio despliegue de anillos; octenas de lunas; tormentas de arena provocadas por poderosos campos magnéticos; todo ello dando vueltas y más vueltas a velocidades de vértigo, a varios *makasrupkithp* por aliento. El *Portador del mensaje* maniobraba dentro de esa tormenta.

El consejero del señor del rebaño, que observaba extasiado a través de la gruesa ventana doble, parecía captar únicamente la belleza de la escena.

Al señor del rebaño eso lo sacaba de quicio. Su propio dominio incluía colisiones, operaciones industriales, peleas internas y la pacífica integración de los durmientes con los nacidos en el espacio. Ya tenía suficientes problemas sin... eso.

El telescopio principal del *Portador del mensaje* era idéntico a cualquier instalación astronómica del mundo que habían dejado atrás. La sonda alienígena estaba cerca en ese momento, según los estándares astronómicos, y la pantalla la mostraba en todo detalle.

Una antena circular. Una vaina al final de una larga botavara que emitía energía infrarroja. Sería la unidad de energía. Surgían instrumentos de otras dos botavaras. *¡Choca los dedos conmigo, para que pueda conocer tu rebaño!* Una extensión contenía lo que debían de ser cámaras, y la otra algún tipo de detector electrónico.

Sesenta y cuatro durmientes, el equipo Rompedor, trabajaban ahora para averiguar todo lo que pudieran acerca de las criaturas que habían construido la máquina. No le habían dicho al señor del rebaño nada que fuera de utilidad. Cuando la plataforma de la cámara comenzó a girar, los dedos del señor del rebaño se flexionaron inquietos.

—Tomó la decisión hace medio año —le dijo tranquilamente el consejero Fathisteh-tulk—. No la destruyó entonces. ¿Cómo podría destruirla ahora?

—Es aquí donde su frágil sonda espía debe atravesar una infinidad de restos en órbita. Debe sobrevivir a colisiones, a la radiación, a fluctuaciones orbitales y a cualquier peligro irreal que la presa pueda imaginar. ¡Es aquí donde hay muchas posibilidades de que por alguna casualidad resultara destruida!

—Estamos de acuerdo en que la sonda no encontrará ni rastro de nosotros. El *Portador del mensaje* es pequeño para su escala. Seguramente la sonda no nos busca: fue lanzada mucho antes de que llegáramos. Pero si hubiera algo que ver, la dichosa cámara ya lo habría hecho. Alguna evidencia de nuestra presencia, clara en sus receptores... Y entonces surge un rayo de luz y la sonda se queda en silencio, para siempre. ¿Eso alimentaría sus sospechas?

—Si usted fuera el señor del rebaño, ¿seguiría preocupándose?

Eso fue cruel. Al principio, Fathisteh-tulk había sido el señor del rebaño. Había entrado en su muerte-sueño creyendo que volvería a serlo. En su actual posición subordinada, las preocupaciones de un señor del rebaño no parecían importarle en absoluto. A veces, el señor del rebaño Pastempeh-keph se preguntaba si no le estaría tomando el pelo.

—Si yo fuera el señor del rebaño —dijo el consejero suavemente— habría hecho lo mismo que usted. Quedarme quieto mientras la sonda pasaba de largo. Tratar de no mover la nave para nada, no enviar ningún mensaje a nuestra fuerza de trabajo en el Pie. Dejar que pase la sonda. Cuando llegue la segunda ya estaremos establecidos en el Pie. Que traten de encontrarnos entonces contra un fondo desconocido.

Y se alejó de la pantalla del telescopio, quizá intencionadamente, para observar el gran mundo marrón y sus enormes anillos.

El señor del rebaño dijo:

—Me preocupa. La presa debe de haber estudiado durante gran parte de su historia este... enorme y llamativo adorno de su cielo. Debería saber mejor que nosotros lo que se puede esperar, tras algo menos de un año. ¿Qué nos hemos perdido?

Fuera del vasto sistema principal de anillos, uno más pequeño seguía girando en la estela del *Portador del mensaje*.

NOVIEMBRE DE 1980

Al cerrar la puerta y recoger de forma mecánica un trozo de papel que había flotado hasta el patio, Linda Gillespie se dio cuenta de que estaba empezando a considerar esa casa (el típico dúplex californiano) como su hogar. Lo que la convertía en el segundo «hogar» desde que se casó. Había estado en otros tres sitios, pero no el tiempo suficiente como para considerarlos un hogar. Cinco mudanzas en cuatro años. La Fuerza Aérea era un servicio móvil, especialmente para los mejores pilotos de caza. Lo mejor fue Texas, cuando Edmund estuvo en la oficina de astronautas y vivían en El Lago.

Pero esta no podía considerarse realmente un hogar. Tan solo era una casa alquilada, un lugar en el que vivir durante la estancia de Edmund en la Organi-

zación del Espacio y de Sistemas de Misiles, en Los Ángeles. Ahora que lo habían destinado como piloto de transbordador se volverían a mudar. ¡De vuelta a Houston! Iba a estar bien. Houston trataba realmente bien a los astronautas y sus familias.

Era una triste mañana de noviembre en Los Ángeles, fría incluso con el jersey de cachemir, con nubes bajas y niebla. El ambiente olía a humedad, con un leve rastro de bruma. No se veía el sol, aunque ya debía de ser cerca del mediodía. No resultaba agradable estar fuera.

Dentro se estaba mejor. Se sirvió un café y se sentó frente a la mesa de la cocina. Era demasiado temprano para que Ed llamara. De todas formas, no lo haría. Nunca lo hacía cuando estaba fuera de la ciudad. *Es estupendo estar casada con un héroe astronauta, pero estaría bien tener un marido en casa de cuando en cuando.* Había un *Los Angeles Times* encima de la mesa y lo hojeó.

No le gustaba quedarse sola en casa, pero tampoco le apetecía ir a ninguna parte. Ed podía asegurarle que estaba totalmente a salvo, mucho más segura que en Washington, donde ella había crecido, y podía creerle; pero ella conocía Washington, mientras que Los Ángeles era todo un misterio. Un columnista de San Francisco se burlaba de Los Ángeles diciendo que era invisible.

También existía el estrangulador de Hollywood, y se había llevado a juicio a un hombre al que llamaban «el asesino de la autopista», acusado de abusar sexualmente y luego asesinar a una docena de niños. Qué gran sitio para tener hijos. Dobló el periódico.

Era hora de encerar el suelo de la cocina, decidió. A Ed le daría igual, pero su coronel iría a cenar la semana siguiente, y a la mujer del coronel McReady le encantaba cotillear. Y además, no era tan difícil arreglar el suelo.

Ed no lo aprobaría. No ahora. Sonrió y se miró la tripa. No se notaba nada. Tampoco tenía náuseas, y si no fuera por la falta de menstruación y por los informes médicos, no habría ninguna razón que indujera a pensar que estaba embarazada. Incluso así, Ed la trataba como si estuviera hecha de porcelana de Dresde. Él se ocupaba de sacar la basura y de levantar todos los pesos, y tenía miedo de hacerle daño cuando hacían el amor.

Frunció el ceño ante aquello. Ed se había vuelto muy pegajoso con lo de su embarazo, ¡pero había terminado por apagarse! *Puede que pierda interés en un mes o dos. Eso espero, por como actúa.*

Linda se sirvió más café. El teléfono sonó y la asustó, por lo que se le cayó la taza. Era de Corningware y no se rompió, pero sí produjo un gran estruendo al chocar contra el suelo y lo puso todo perdido de café.

—¿Sí?

—¿Linda?

—¿Sí?

—¡Genial, eres tú! Soy Roger.

—Oh. ¿Cómo estás, Roger?

—Genial. Me alegro de que no te hayas olvidado de mí.

—No, no me he olvidado. —*Nunca te olvidas de tus primeras veces*, pensó ella.

Primer amor, primera experiencia sexual, primer... Hubo un montón de primeras

veces con Roger, durante el instituto y poco después de terminarlo. *¿Y qué debo decirle? ¿Que hace mucho que no llamaba, pero que no pasa nada porque yo no quería que lo hiciera?*—. Roger, ¿cómo has conseguido nuestro número?

—Los periodistas tenemos nuestros métodos. Oye, me gustaría verte. ¿Qué me dices de vivir una experiencia realmente fuera de lo común?

Ella se rió como una tonta.

—Roger, estoy casada.

—Claro. ¿Y eres feliz?

—Sí, claro...

—Bien. Al menos, bien por ti y por Edmund. Lo que tengo en mente está más en la línea de Edmund. LCP. La convención de Saturno. El *Voyager* está ahí fuera sacando fotos que nadie comprende, y nosotros podemos verlas de los primeros.

—Hizo una pausa—. De eso se trata. Estoy aquí en Los Ángeles para cubrir la historia de Saturno. No es que sea precisamente material para ganar un Pulitzer, pero lo cogí para alejarme de Washington por un tiempo. Así que me encuentro de camino hacia el Laboratorio de Cazas de Propulsión, donde llegan las fotos. Hay conferencias de científicos y escritores de ciencia ficción, todo un espectáculo. ¿Por qué no te recojo? Me pillas de camino. Estarás en casa para la hora de la cena, y no trataré de seducirte.

Y Ed estaría fuera toda una semana.

—Es tentador. En serio, lo es, pero no puedo.

—Claro que puedes.

—Roger, mi hermana está pasando aquí unos días...

—¿Y qué? Volverás a casa para la cena.

Linda se lo pensó. Jenny se había ido a alguna parte a pasar el día. Fotos de Saturno. Periodistas. Podría ser divertido.

—Has hablado de escritores de ciencia ficción. ¿Estará Nat Reynolds?

—Sí, creo que sí. Un momento, hay una lista... Sí, sí que estará. ¿Lo conoces?

—No, pero a Edmund le gustan sus libros. Le he comprado uno para su cumpleaños. ¿Crees que podría conseguir que se lo dedicara?

—¿La mujer de un astronauta? Joder, todos esos tipos de la ciencia ficción van a pelearse por conocerte.

Nat Reynolds tenía resaca, y era demasiado temprano para estar levantado. Fue un milagro que lograra llegar desde el arroyo al aparcamiento del Laboratorio de Cazas de Propulsión y meter el Porsche en la diminuta plaza que el guardia del LCP le había mostrado.

Había coches aparcados a lo largo de más de medio kilómetro en la carretera que llevaba al LCP, que se encontraba en lo que una vez fuera un arroyo solitario. La calle del centro de prensa estaba casi bloqueada debido a las furgonetas de televisión, y una gruesa maraña de cables cruzaba el paso para desaparecer tras unas puertas de carga abiertas. La prensa había acudido en masa y se había traído consigo tantas cámaras y tanto personal como el que enviarían al lugar en el que se estuviese produciendo el atraco a un banco.

El auditorio Von Karman era un manicomio. Casi había una persona por cada metro cuadrado: científicos, relaciones públicas, gente de la prensa, la mayoría con tazas de café o llevando objetos voluminosos.

La gente de la prensa estaba dividida. Estaban los periodistas en activo y los escritores de ciencia ficción, y no había ninguna duda respecto a quién era quién. Los periodistas habían acudido para trabajar. Algunos se divertían, pero todos ellos tenían fechas de entrega. Los tipos de la ciencia ficción estaban allí, boquiabiertos, para ser parte de la escena y absorber la atmósfera; puede que algún día la plasmaran en alguna historia. Se estaba creando su mundo, y ellos estaban allí para verlo.

¡Ahí está Saturno!

Enormes pantallas de televisión mostraban las imágenes a medida que llegaban desde el *Voyager*. Cada pocos minutos cambiaba una de ellas. Un primer plano del planeta, líneas y remolinos blancos y negros. Anillos, cientos de ellos, como el primer plano de un disco fonográfico. De nuevo Saturno, en color, con sus anillos en una vista amplia. Primeros planos de distintas secciones de los anillos. Imágenes de las lunas. Todas ellas tan pronto como llegaban, por lo que la prensa las veía a la vez que los científicos.

Las imágenes al paso por Júpiter habían llegado con mayor rapidez, como una tormenta de brillantes torbellinos, Dios tan contento jugando con un aerógrafo, cuatro lunas que resultaron ser planetas con todas las de la ley. Pero para equilibrar eso pronto verían Titán, del que se sabía que tenía atmósfera. No es que Sagan y los otros científicos esperaran que hubiera vida en Titán, pero la luna gigante realmente les interesaba, aunque de momento había demostrado ser descorazonadoramente neutra.

Las pantallas cambiaron y todo el mundo en la sala quedó en silencio. Una luna parecida a un ojo gigante, un mastodóntico cráter con las proporciones de un iris, con un pico central como pupila. *Algo de mayor tamaño*, pensó Nat, *habría hecho añicos toda la luna*. Oyó una voz femenina que decía: «bueno, hemos encontrado la Estrella de la Muerte», y él sonrió sin siquiera darse la vuelta.

¿Qué pensarán los periodistas de nosotros? Podía verse a sí mismo: la sonrisa idiotizada, la boca ligeramente abierta, acercándose a las pantallas sin fijarse por dónde iba, tropezando con los cables... Nat no podía obligarse a tener cuidado. Una de las pantallas cambió para mostrar algo parecido a un lecho seco de río, o tres retorcidas columnas de humo, o... «Anillo-F», decía el subtítulo.

—¿Qué demonios...? —dijo Nat.

—Lo sabrías si hubieras estado aquí anoche.

—Tenía que dormir un poco. —Nat no tuvo que volverse. Había escrito dos libros con Wade Curtis; esperaba reconocer esa voz hasta en el infierno, cuando ambos planearan su fuga. Wade Curtis hablaba como si tuviera un amplificador en la garganta puesto a toda potencia. Eso se debía en parte a su entrenamiento militar y en parte a la sordera que le sobrevino como oficial de artillería.

También tenía tendencia a dar lecciones.

—El anillo-F —explicó—. Ya sabes, como en anillos A, B, C, solo que se los bautizó por orden de descubrimiento, no según la distancia que los separa del planeta, por lo que el sistema es un churro. El anillo-F es el que se encuentra fuera

del cuerpo principal. Es fino. Nadie lo vio hasta que mandaron las sondas espaciales, y ni siquiera entonces el *Pioneer* pudo tomar una buena foto.

Nat sostuvo en alto la mano. «Lo sé, lo sé», decía el gesto. Curtis se encogió de hombros y se calló.

Pero el anillo-F no parecía normal en absoluto. Se asemejaba a tres columnas de gas, o de polvo, o de Dios sabía qué, trenzadas juntas.

—El trenzado —dijo Nat—. ¿Cómo lo hace?

—Ninguno de los astrónomos quiere decírnoslo.

—Vale, puedo entenderlo. Si yo me equivoco en algo, no pasa nada. Pero un científico se juega su carrera.

—Sí. Bueno, no conozco ninguna ley física que permita eso.

Nat tampoco. Dijo:

—¿Qué pasa, nunca has visto tres lombrices haciendo el amor? —Y aceptó la risa de apreciación de Wade como bien merecida—. Me da miedo escribir sobre eso. Alguien tendría que explicarlo antes de que pudiera llevarlo a la editorial.

Estaba a punto de empezar la rueda de prensa. Los camarógrafos del LCP preparaban su equipo en el laboratorio para emitir la rueda de prensa, y una de las relaciones públicas apagaba las pantallas de la sala de conferencias.

—Mmmm. Sigue habiendo cosas interesantes —dijo Curtis—. Y no quedan asientos libres. Tenía un par, pero se los cedí al *Washington Post*. Y en primera fila, encima.

—Qué mal —se quejó Nat—. Qué demonios, vayamos a ver la rueda de prensa a la recepción. Jilly ya está allí.

En la mañana del 12 de noviembre de 1980, la sala de prensa del Laboratorio de Cazas de Propulsión era un apretado conglomerado de equipos de vídeo y codazos. Roger y Linda habían llegado temprano, aunque no lo suficiente como para encontrar asiento. Un escritor de ciencia ficción que llevaba puesta una chaqueta de lana les cedió los suyos, dos justo en la primera fila.

—¿Está seguro de que no le importa? —le preguntó Roger.

El hombre de la ciencia ficción se encogió de hombros.

—Ustedes lo necesitan más que yo. Lo único que les pido es que le digan al Congreso que el programa espacial es importante.

Roger dio las gracias al hombre y se sentó. Linda Gillespie se encontraba atrapada cerca de la maqueta a tamaño real de la nave espacial, tratando de esquivar a otro periodista que quería entrevistarla. ¿Cómo se había sentido al quedarse en tierra mientras su marido se encontraba a bordo del *Skylab*?

Estaba preciosa. Él no la había visto desde... ¿desde hacía cuánto? Solo dos veces desde que se casó con Edmund. Y, por supuesto, había ido a la boda. La madre de Linda había llorado. *Y yo estuve realmente cerca de hacerlo*, pensó Roger. *¿Cómo pude dejarla salir a la circulación? Pero yo no estaba preparado para casarme con ella. Quizá debería haber...*

Y puede que simplemente me haya entrado nostalgia por cosas que pasaron hace cuatro años. Resulta fácil recordar los buenos tiempos. Se removió, incómodo-

do. Habían sido buenos, sí. La miró por el rabillo del ojo, pero ella estaba contemplando la maqueta. Sería mejor olvidarse de todo eso.

El problema consistía en que no estaba consiguiendo ninguna historia comprensible. La gente estaba nerviosa pero no decía por qué. Los periodistas habituales de ciencias no lo explicaban. Todos se conocían y les molestaba que acudieran extraños a acontecimientos de esta magnitud.

Roger se dedicó a garabatear y a levantar la vista cuando alguien saludaba, esperando que nadie quisiera llamar su atención. Él no había pedido esa historia.

Oyó que alguien decía: «¿nunca has visto tres lombrices haciendo el amor?», y se volvió a mirar. Un puñado de escritores de ciencia ficción se encontraba bajo una pantalla que mostraba... sí, tres lombrices haciendo el amor, o una mala foto de los espaguetis que quedaban en un plato, o simplemente ruido. Escribió: «Anillo-F, tres lombrices haciendo el amor», y le dio a Linda unos golpecitos en el hombro.

—¿Linda? ¿Me guardas el sitio?

—¿Adónde vas?

—Puede que consiga algo de los escritores de ciencia ficción. —Nadie más trataba de hacerlo; puede que eso le proporcionase un nuevo punto de vista. Al menos ellos hablaban en cristiano.

—Me parece que ya empieza.

Frank Bristow, el director de la sala de prensa del LCP, había ocupado su sitio en el podio. Roger lo había visto brevemente cuando se acreditaba. Los periodistas habituales parecían conocerlo tan bien como se conocían los unos a los otros. Roger no conocía a nadie.

Bristow estaba a punto de iniciar su discurso de apertura. El director del proyecto *Voyager* y cuatro astrofísicos tomaban asiento ante una mesa elevada. Brooks se volvió a sentar. Deseaba poder encontrarse en cualquier otro lugar.

Roger Brooks tenía casi treinta años, lo que no le gustaba. En su trabajo existían muchas tentaciones: demasiada comida y alcohol gratis. Tenía que tener cuidado para mantener el tono muscular debido a su estilo de vida. Su liso pelo rubio estaba empezando a clarear, lo que le preocupaba un poco, pero seguía teniendo la mandíbula cuadrada, sin esa blandura que había observado en sus amigos. Había dejado de fumar tres años atrás, de golpe, y había sufrido un espantoso síndrome de abstinencia. Sus dientes volvían a estar blancos, pero las cicatrices de los dedos índice y corazón de su mano derecha nunca desaparecerían. Se había emborrachado una noche en Vietnam, y se le había apagado allí un cigarrillo.

Roger Brooks tenía la edad suficiente como para haber cubierto los frenéticos últimos días de Vietnam, pero había llegado demasiado tarde para obtener algo jugoso. Se había perdido el Watergate: sus sospechas eran ciertas, pero era demasiado novato como para seguir las hasta el final. Otros periodistas ganaron el Pulitzer.

Después de eso, algo cambió en su interior. Era como si, en alguna parte, existiera un secreto que lo llamaba. Las historias pequeñas no logran interesarle.

—Perdió una oportunidad de que lo interpretara Robert Redford —oyó que decía una de sus mujeres—. No está dispuesto a perderse otra.

Esta era una historia pequeña. Se preguntó si debería haberla aceptado, a pesar de la oportunidad de ir a California, a pesar de que la mitad del personal de prensa de Washington habría estado dispuesto a perder dedos de manos y pies solo por la oportunidad de ir. Pero allí nadie tenía secretos. Fuera lo que fuera lo que el *Voyager I* les contara, se lo gritarían al mundo entero, incluso a la Luna, si pudieran. El truco consistía en entenderlos.

Puede que no fuera una gran historia, pero el viaje merecía la pena. Miró a Linda y pensó: *definitivamente, merece la pena*. Se removió incómodo a medida que volvían los viejos recuerdos. ¡Tenían tan poca experiencia...! Pero aprendieron, y ningún tipo de sexo podía compararse a su recuerdo con Linda aquella última vez. Quizá él hubiera modificado el recuerdo. Quizá no. *¡Tengo que dejar de pensar en eso! Me enseña... ¿De qué demonios voy a escribir?*

Había otro grupo agolpado bajo la maqueta a tamaño real del *Voyager*. Tenían que ser científicos, pues la mayoría eran hombres y todos iban trajeados. Un par de escritores de ciencia ficción se encontraban con ellos, comportándose más como colegas que la prensa. Los periodistas no hacían eso. ¿Podría presentar un punto de vista interesante? La gente de la ciencia ficción no pretendía ser neutral. Eran entusiastas y no les importaba que se supiera, mientras que los periodistas trataban de conseguir ese falso aire de imparcialidad.

Comenzó la reunión. El director del programa habló sobre la nave espacial. Detalles de la misión, lo bien que lo estaba haciendo el aparato. Algunos datos que se habían perdido debido a que estaba lloviendo en España, donde se encontraba la antena de alta resolución. ¿Eso era una broma? No, nadie se reía.

—A cinco mil millones de kilómetros y consiguen las imágenes —dijo alguien a su derecha. Una chica preciosa, de largas piernas, tobillos delgados y pelo corto y encrespado. Su placa rezaba «Jeri Wilson», de alguna revista geológica. Llevaba alianza, pero eso no tenía por qué significar nada. Igual se quedaba toda la semana. Parecía estar sola.

Los planificadores de la misión dejaron el podio y subieron los científicos (Brad Smith, Ed Stone y Carl Sagan) para explicar lo que ellos creían que estaban aprendiendo. Roger prestó atención y trató de pensar alguna pregunta interesante. En una situación como esa lo importante era hacerse notar para futuras referencias, y luego tratar de conseguir una exclusiva. Anotó las frases útiles.

«Las nuevas lunas van a oscurecerse muy pronto».

«Decenas de anillos no. Centenares. Seguimos contando». Pausa larga. «Algunos son excéntricos».

—¿Y eso qué significa? —preguntó alguien.

El escritor de ciencia ficción de la chaqueta de lana color caqui contestó en lo que, probablemente, él creía que era un susurro.

—Se supone que los anillos son círculos perfectos con Saturno en el centro. Todas las teorías indican que tienen que ser así. Pero ahora se han descubierto anillos que no son círculos, sino elipses.

Otros científicos seguían hablando:

—... lo que podría ser el mayor cráter del Sistema Solar en relación con el cuerpo principal se encuentra...

—No existe Jano. Hay dos lunas donde creíamos que se encontraba Jano. Comparten la misma órbita e intercambian posiciones cada vez que pasan. Oh, sí, desde hace tiempo sabíamos que órbitas semejantes eran posibles. Es una pregunta de libro para un examen de mecánica celeste. Lo que ocurre es que nunca habíamos encontrado nada parecido en el universo real...

Brooks anotó detalles de esta última; realmente se merecía una mención. ¡Jano era la luna que recibió el nombre del dios bifronte de los principios!

Se lo susurró a Linda y obtuvo un gesto de apreciación. La chica, Wilson, también escribió algo.

—Parece ser que las púas radiales de los anillos se deben a partículas diminutas, aproximadamente del tamaño de una onda de luz. Además, parece que el proceso sucede sobre el anillo, no dentro de él.

¡Púas radiales en los anillos! Deberían desaparecer al girar estos, pues los anillos internos se movían a mayor velocidad que los externos. Pero no desaparecían. Noticias extrañas llegaban desde cualquier parte del sistema de Saturno. Puede que algunos de los colegas de Brooks entendieran las explicaciones, cuando llegaran...

Y aun así, la rueda de prensa ofrecía más de lo que Brooks había esperado. Había entrevistado antes a científicos. Era la falta de respuestas lo que allí resultaba interesante.

—No sabemos lo que eso significa.

—Aún no nos gustaría decirlo.

—Cuanto más aprendemos del *Voyager*, menos sabemos de los anillos.

—Si jugásemos un poco con los números, podríamos explicar de una forma bastante convincente por qué la División de Carsini es mucho mayor de lo que debería ser. —Pausa melodramática—. ¡Claro que eso no explica por qué en su interior se encuentran cinco anillos difusos!

—Si hubiese tenido que hacer una larga lista de cosas que no veríamos, los anillos excéntricos habrían sido los primeros de la misma.

—Brad, ¿qué pasa con los anillos trenzados?

—Eso habría estado en lo más alto de la hoja.

Brooks se dio cuenta de que allí todo el mundo parecía feliz. Estaban pasando cosas extrañas. Si Brooks no tenía la experiencia necesaria para apreciarlas, ¿entonces quién?

Un periodista preguntó:

—¿Tenéis más sobre las púas radiales? Creía que eso violaba las leyes de la física.

Contestó David Morrison, de Hawai:

—Estoy seguro de que los anillos están haciéndolo todo bien. Lo que pasa es que aún no los entendemos. —Brooks lo anotó.

—Donde me gustaría estar —sugirió Roger— es en una habitación de motel, contigo. —Estaban paseando por los jardines del LCP: césped, fuentes, jardines de piedras de estilo vagamente oriental, un puente, todo muy bonito.

—Eso fue hace años —contestó Linda—. Y ya se ha acabado.

—¿Estás segura?

—Sí, Roger, estoy segura. Y ahora sé bueno. Me prometiste que lo serías. No hagas que lamente haber venido contigo.

—No, claro que no lo haré —se defendió Roger—. Me alegro de haberte venido a ver. Y de que seas feliz con Edmund.

¿En serio?, se preguntó Linda. ¿Y yo? Claro que sí. Soy muy feliz con Edmund. Es cuando él se marcha y me deja para que me haga cargo de todo y me paso sola todo el tiempo y veo esos malditos anuncios de perfumes tan románticos y cosas parecidas cuando no soy feliz con el comandante Edmund Gillespie. Me pregunto si las feministas nos hicieron un favor al lograr que admitiéramos que podíamos llegar a ponernos tan cachondas como los hombres.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Sí? —preguntó Roger.

—Nada. —*Nada que vaya a contarte. Pero resulta agradable saber que puedo tener compañía si la quiero...*

El almuerzo fue en la cafetería del LCP. Roger y Linda fueron bien recibidos en la mesa de los escritores de ciencia ficción, aunque estos no sabían mucho más que Roger. Se estaban divirtiendo con la falta de explicaciones.

Alguien pasó un dibujo por la mesa. Mostraba, colgando por un extremo, o bien la Estrella de la Muerte de *La guerra de las galaxias* o bien la estrella de Saturno llamada Mimas, con Saturno enorme en el fondo. En primer plano, una nave espacial usaba unos brazos mecánicos para retorcer el anillo-F hasta convertirlo en una trenza. El título: «¡Tienes un retorcido sentido del humor, Darth Vader!».

Otro escritor lo miró y bostezó.

—Oh, es otra maldita vista espectacular de Saturno —lo que lo hizo merecedor de algunas carcajadas.

Pero nadie sabía nada, por lo que el almuerzo resultó frustrante. Puede que Saturno tuviera secretos, pero no se los iba a contar, y los escritores no tenían ninguna suposición lógica que explicara las extrañas imágenes.

En medio del almuerzo, Linda llamó a alguien.

—Wes. No esperábamos verte por aquí.

Era un hombre atlético que llevaba una desvaída gorra de béisbol. Linda lo presentó a los de la mesa.

—Wes está casado con Carlotta —le contó a Roger—. ¿Te acuerdas de Carlotta? Era mi mejor amiga en el colegio.

—Claro —dijo Roger—. ¿Cómo estás?

Uno de los escritores lo miró pensativo.

—Wes Dawson... Te presentas al antiguo puesto de Craig Hosmer.

—Eso es.

—Wes siempre ha apoyado el programa espacial —dijo Linda—. Puede que votéis por él...

—No es nuestro distrito —contestó Wade Curtis—. Vivimos al norte. Pero igual podemos ayudar. Siempre nos interesa la gente que promueve el espacio.

Ya estaba bien avanzada la tarde cuando volvieron a casa. Roger aparcó en la salida.

—Deberías entrar y saludar a Jenny —sugirió Linda—. ¿Te acuerdas de ella?

—Claro que me acuerdo de la mocosa. Tenía que sobornarla para que nos dejara solos.

—Bueno, ha crecido un poco. —Linda lo condujo hasta la casa y abrió la puerta. El interior estaba extrañamente silencioso. Se dirigió a la cocina y encontró una nota en la nevera, sujeta por un imán en forma de tomate. Roger se quedó a su espalda, mirando por encima del hombro mientras ella leía.

«Hermanita: me he tenido que ir a San Diego. Fiesta en la playa.
Estoy con Charlene. Volveré mañana. Jenny».

Linda frunció el ceño.

—¿Fiesta en la playa? —preguntó Roger.

—Es novata en la Estatal de Long Beach. Antropología. Pero se ha aficionado en serio al submarinismo. Su novio actual está en Scripps. —Linda sacudió la cabeza con amargura—. Mamá me mata si descubre que la he dejado ir a una fiesta que dura toda la noche.

Roger sacudió la cabeza.

—¿La mocosa va a la universidad? Jesús, Linda, si no puede tener más de... ¿Cuánto, quince?

—Diecisiete.

Roger suspiró.

—Supongo que ha pasado más tiempo del que creía.

—Sí, así es. ¿Quieres un café?

—Claro.

Sacó los filtros y puso agua a calentar. Roger no había dicho nada, no había hecho nada, pero ella podía sentir las vibraciones. ¿Lo habría planeado Jenny? No, no podía saber que Roger estaba en la ciudad, y aunque lo supiera, no lo haría. Siempre le había caído bien Roger, pero Edmund le gustaba más. No, Jenny no habría dispuesto deliberadamente el que ella se quedara sola en casa con un amor del pasado...

Había pasado mucho tiempo, pero recordaba cada uno de los detalles. La mimada novata de Georgetown que salía con el periodista del *Washington Post*. Lo habían planeado, un fin de semana juntos en la cabaña que tenían los padres de ella en los Apalaches. Era verano y nadie la estaba usando. El tiempo que hizo en las montañas fue perfecto. Recordaba el delicioso sentimiento de expectación mientras conducían por la autopista llena de curvas. No se había vuelto a sentir así desde entonces.

Edmund era distinto. Edmund era mayor, más glamuroso. Piloto de combate. Astronauta. Todo lo que un héroe debía ser. *Todo, excepto un gran amante... No es justo. No es justo.*

También había habido expectación cuando conoció a Edmund. Duró mientras eran novios... y desapareció la noche de bodas.

Había olvidado todo esto, pero ahora lo siento. Igual que entonces. Pero...

La cafetera estaba lista, por lo que ya no había ninguna razón para quedarse mirándola. Se volvió. Roger estaba muy cerca de ella. No tuvo que moverse mucho para encontrarse en sus brazos.

Primera parte

Los renegados

1. Descubrimiento

«Cuando has eliminado lo imposible, lo que queda,
por muy improbable que parezca, debe ser la verdad».

—Sherlock Holmes en *La señal de los cuatro*

CUENTA ATRÁS: H MENOS SEIS SEMANAS

La lujuriente vegetación tropical de la costa de Kona acababa de forma abrupta. De pronto, las hojas de las flores de la pasión y las palmeras desaparecieron, y Jenny se encontró conduciendo sobre campos de lava desnudos.

—Se parece a la cara oculta de la Luna —comentó.

Su compañero asintió y señaló las cumbres de su derecha.

—El Mauna Loa. Dicen que trae muy mala suerte llevarse algo de lava a casa.

—¿Quién lo dice?

—Los antiguos hawaianos, claro. Pero también un sorprendente número de turistas. Se llevan un trozo de lava y luego lo devuelven por correo. —Se encogió de hombros—. Traiga o no mala suerte, por lo que se sabe, ella (el Mauna Loa siempre ha sido ella para los antiguos) nunca se ha cobrado una vida.

La capitana Jeanette Crichton maniobró expertamente con el TR-7 prestado cuando la carretera inició una empinada cuesta. El terreno era engañoso. Desde la playa las montañas parecían suaves lomas, hasta que tratabas de escalarlas. Entonces te dabas cuenta de lo realmente grandes que eran los volcanes gemelos. El Mauna Loa se elevaba unos 4.700 metros sobre el nivel del mar y se hundía unos 6.700 hasta el fondo marino, lo que lo convertía en una montaña más alta que el Everest.

—Gira a la izquierda en la próxima carretera de verdad —le indicó Richard Owen—. Va a ser un largo camino. ¿Te importa si echo una cabezada? Me he acostado tarde.

—Por mí, bien —contestó Jeanette. Condujo.

No es que sea muy halagador, pensó ella. Me recoge en Kona, me hace llevarlo por la ladera de un volcán y se duerme. Qué romántico...

Se pasó los dedos por el pelo, largo hasta los hombros. Lo tenía castaño oscuro, con un ligero tono rojizo, y en ese momento no debía de estar demasiado bonito, pues aún lo tenía húmedo debido a su baño matutino. Tampoco estaba demasiado

morena. Había veces en las que las pecas se unían ofreciendo la ilusión de un bronceado, pero aún no había avanzado demasiado la primavera para eso. Pelo mojado, ningún bronceado. Realmente, no era la imagen popular de una chica californiana.

Tenía un buen tipo, aunque quizá demasiado atlético; el Ejército animaba a sus oficiales a correr cinco kilómetros al día, y ella lo hacía a pesar de que podría librarse de esa obligación si realmente lo deseara. La falda por encima de la rodilla y la camiseta eran demasiado reveladoras. Aun así, no debía de ser una vista que atrajera a ese astrónomo, aunque ella estuviera abrumada por su aspecto. De todas formas, al principio había habido algo de electricidad. Ahora, esta casi había desaparecido.

Ha estado en pie toda la noche, pensó ella. Y volverá a hacerlo esta noche. Déjale que duerma. Eso debería animarlo. Sabe Dios el aspecto que tendría yo si tuviera que vivir según el horario de un vampiro.

Condujo a través de pastos y campos de lava que se iban alternando. Alguien se había dedicado a apilar a intervalos irregulares rocas ígneas. Tres o cuatro rocas, cada una de menor tamaño que la que tenía debajo, la del fondo de unos dos metros y medio de largo, apiladas formando una pirámide; le habían contado que se trataba de ofrendas religiosas realizadas por los antiguos hawaianos. Si era verdad, no podían ser muy antiguas; el Mauna Loa entraba en erupción demasiado a menudo, y seguro que este campo había sido cubierto por la lava varias veces a lo largo del siglo xx.

Giró a la izquierda en la intersección y el camino se hizo aún más empinado. El TR-7 subió laboriosamente la cuesta. Allí había menos campos de lava reciente; ahora se encontraban en la ladera del Mauna Kea. Se suponía que ella estaba bastante dormida. Condujo a través de interminables kilómetros de tierras pertenecientes al rancho que el rey Kamehameha regalara a un marinero británico que se hizo amigo suyo.

Richard Owen se despertó justo cuando llegaban a la estación astronómica «temporal» de madera.

—Paramos aquí —anunció él—. Comamos algo.

No es que allí hubiera mucha cosa. Largos barracones de madera de una sola planta en un mar de lava y fango, con unos esqueléticos árboles que trataban de sobrevivir en el campo de magma sólido. Aparcó al lado de varios cuatro por cuatro GMC Jimmy.

—Podemos seguir un rato más —dijo ella—. En realidad no necesito comer...

—Reglas. Aclimatación. Hay casi 4.700 metros de altura en la cima. Un aire muy liviano. Ya es bastante liviano aquí, a unos 3.300 metros. Nada resulta fácil, ni siquiera caminar, hasta que uno se acostumbra.

Para cuando llegaron a los barracones prefabricados, ella estaba dispuesta a darle la razón.

Había media docena de observatorios en el cráter del volcán. Richard aparcó el Jimmy frente al edificio de la NASA. Tenía el aspecto de un observatorio sacado

de los dibujos animados de Bugs Bunny: un edificio cuadrado de cemento bajo una cúpula de brillante metal.

—¿Puedo mirar por el telescopio? —preguntó ella.

Él no se rió. Igual había tenido que responder demasiadas veces a esa pregunta.

—Ya nadie mira por el telescopio. Solo sacamos fotos. —La condujo al interior a través de pasillos de paredes desnudas y bajaron por una escalera metálica hasta llegar a una sala amueblada con mesas y sillas de oficina cromadas.

Una mujer se encontraba en la sala. Era aproximadamente de la misma edad que Jeanette, y podría ser bonita si no llevase la cara tan lavada y utilizara algo de carmín. Fruncía el ceño mientras bebía café.

—Mary Alice —dijo Owen—, esta es Jeanette Crichton. Capitana Crichton, Inteligencia del Ejército. No es una espía, realiza reconocimientos fotográficos y cosas por el estilo. Eso dice. Mary Alice Mouton. Especialista en asteroides.

—Hola —saludó Mary Alice. Seguía con el ceño fruncido.

—¿Algún problema? —preguntó Owen.

—Algo así. —No dio la impresión de que reparara en la presencia de Jeanette—. Rick, me gustaría que vinieras a ver esto.

—Claro.

La doctora Mouton abrió la marcha y Rick Owen la siguió. Jeanette sacudió la cabeza y se apresuró a alcanzarlos a través de otro pasillo; subieron por unas escaleras y atravesaron una desordenada sala de ordenadores. *Están todos locos, pensó. Pero, ¿qué otra cosa esperaba?*

No había sabido qué esperar en absoluto. Ese era su primer viaje a Hawai, cortesía del semanario de una asociación de ingenieros que la había invitado a dar una conferencia sobre observación por satélite. La conferencia ya había terminado y ella se había tomado un par de días de permiso para bucear en los arrecifes de la Gran Isla y disfrutar del sol. No conocía a nadie en Hawai, por lo que todo había sido bastante aburrido. Empezó a hacer planes para ir a visitar a Linda y Edmund antes de volver a Fort Bragg.

Y entonces Richard Owen se había reunido con ella en el arrecife. Habían desayunado juntos después de nadar y la había invitado a ver el observatorio. Ella se había comprado un saco de dormir; no sabía si Owen esperaba compartirlo con ella o no, pero, debido a ciertas cosas que él comentó en el almuerzo y en el viaje en coche después, estaba bastante segura de que él se lo iba a proponer. Había tratado de decidir lo que le iba a contestar cuando lo hiciera.

Y ahora parecía que ella ni siquiera estaba allí.

Los siguió hasta una pequeña habitación atestada. En una esquina había una enorme pantalla. La doctora Mouton hizo algo con los controles y apareció en el monitor un campo de estrellas. Hizo otra cosa y el campo de estrellas empezó a encenderse y apagarse; al hacerlo, dio la impresión de que una de las estrellas saltaba adelante y atrás.

—¿Un nuevo asteroide? —preguntó Owen.

—Eso es lo que pensé —contestó la doctora Mouton—. Excepto que... Échale un buen vistazo, Rick. Y reflexiona sobre lo que estás viendo.

Él miró la pantalla. Jeanette se acercó más. No veía nada raro. Se toman fotografías en dos noches distintas y se comparan. Las estrellas normales no se moverán tanto como para notarlas, pero cualquier cosa que se desplace contra el fondo de estrellas fijas, como un planeta o un asteroide, se encontrará en distinto lugar en las dos fotos. Pasa una y otra vez de una imagen a la otra: dará la impresión de que el cuerpo móvil salta adelante y atrás. Así es como Clyde Tombaugh descubrió Plutón. También era una técnica habitual de reconocimiento fotográfico: ver lo que ha cambiado en el intervalo existente entre dos fotos sacadas por satélite.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Owen.

—Ha llegado demasiado lejos en el intervalo.

—Está cerca...

—No tanto —contestó ella—. Conseguí las imágenes hace apenas unas semanas. Rick, ¡tuve que buscarla con mucho detenimiento, noche tras noche, debido a lo rápido que se mueve! Sigue una órbita hiperbólica.

—¡Venga ya, no puede ser!

—Lo es.

—Disculpad —interrumpió Jeanette. Ambos se volvieron y la miraron. Obviamente, se habían olvidado de que estaba allí—. ¿Qué es una órbita hiperbólica?

—Una órbita rápida —contestó Owen—. Se mueve demasiado rápido para la gravedad solar. Los objetos en órbita hiperbólica pueden escapar del sistema.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo puede algo moverse tan rápido?

—Los planetas grandes pueden hacer que pase —explicó Richard—. Se meten en la órbita de algo...

—Tiene energía autónoma —interrumpió Mary Alice Mouton.

—Venga ya.

—Sé que es una tontería, pero es la única explicación que se me ocurre. Rick, he seguido esa cosa durante semanas, y la mayor parte del camino ha ido frenando.

—Pero...

—Júpiter no puede hacer eso. No hay nada que pueda.

—No, por supuesto que... ¿Mary Alice?

—La simulación del ordenador encaja perfectamente si asumes que se trata de una nave espacial con energía propia. —La voz de la doctora Mouton se había vuelto plana y seca—. Y no hay nada más que lo haga.

Había pasado una hora. Habían entrado dos astrónomos más que miraron las imágenes y se marcharon sacudiendo la cabeza. Uno de ellos había insistido en que, encontraran lo que encontraran a continuación, las primeras imágenes eran auténticas; las había sacado él. El otro ni siquiera admitió que viera algo.

Owen llamó por teléfono a Arizona.

—¿Laura? Rick Owen. Tenemos algo raro. ¿Por alguna casualidad no sacaría alguno de los tuyos alguna foto apuntando al sur de Leo durante las últimas semanas? —Leyó una serie de coordenadas y esperó unos minutos.